

nosciuto nel linguaggio la ‘dimora’ propria di tale dualità, che offre le coppie di ‘opposti naturali’ alla percezione di quell’animale che abita la lingua, e che viene - *talvolta* - grammaticalizzata in una categoria linguistica (il duale) soggetta peraltro a repentina scomparsa.

La convergenza tra ‘antropologia linguistica’ e «antropologia duale» si realizza finalmente con la scomparsa delle connotazioni di genere (‘maschile’ e ‘femminile’), le quali vengono rimpiazzate dai poli - ‘neutri’, ma correlati - di una fondamentale categoria linguistica, irrinunciabile per qualsiasi lingua: i pronomi personali ‘io’ e ‘tu’. Perciò Humboldt può scrivere nel suo saggio del 1828 di una «fortunata omogeneità» tra «concetto di dualità» e «lingua», e affermare «che la dualità occupa un posto più importante in essa che in qualsiasi altra parte». Ad ogni modo - fa notare Gabbiadini riprendendo una considerazione storico-critica di estremo interesse - «l’idea che il legame Io-Tu fosse la manifestazione più profonda di una dualità fondamentale non era stata, in realtà, un’intuizione soltanto humboldtiana, ma era già presente negli *Anfangsgründe der Sprachwissenschaft* (1805) di August Ferdinand Bernhardt, l’esponente di una grammatica filosofica universale fondata sull’impostazione trascendentale del criticismo kantiano, che Humboldt considerava punto di riferimento costante della propria riflessione» (p. 134).

Nella sua ricerca Gabbiadini offre nel complesso un «percorso storicizzante» (p. 19) per quanto riguarda il saggio *Sul duale*, da una parte iscrivendo il testo humboldtiano nella cornice delle pratiche discorsive e culturali del suo tempo, ivi compresa la fascinazione per alcuni motivi speculativi caratteristici della greicità classica (cfr. pp. 46-53, e pp. 91-95), dall’altra ricostruendo lo sviluppo delle concezioni di Humboldt sul ruolo e il ‘luogo’ propri della dualità. In qualità di «documento storico-culturale», poi, *Sul duale* può a ragione assurgere a cifra della stagione classico-romantica: che cos’è, infatti, il saggio del 1828 se non un tentativo di esporre e articolare con rigore scientifico il motivo faustiano epocale del «Zwei Seelen wohnen, ach! in meiner Brust»? Tuttavia, «il potenziale cognitivo in materia di linguistica e di studio del linguaggio» del saggio humboldtiano viene volutamente tralasciato dall’autore, il quale predilige il versante antropologico-letterario e storico-critico. L’indagine contenuta in questo studio, dunque, dovrebbe ispirarne ad altri una ulteriore, da intraprendere con il fine di dischiudere tale notevole «potenziale».

Lorenzo Pizzichemi

*Istituto Italiano per gli Studi Storici, Napoli*

DOI: 10.5281/zenodo.3865628

N. Sánchez Madrid (ed.): *Hannah Arendt y la literatura*, (Barcelona: Bellatierra, 2016).

Es conocida la estrecha relación de Hannah Arendt con la escritura literaria. Frecuente compositora de poesías ella misma y lectora empedernida, en su obra se percibe a menudo, de manera más o menos explícita, una relevante impronta de la voz de los *poetas*. El diálogo de esta teórica de la política (como ella misma gustaba de autocalificarse) judía y de origen alemán con literatos varios y su propia concepción de lo literario en cuanto tal es, como ya

se deja adivinar por el título, el denominador común de esta obra colectiva que, sin lugar a dudas, constituye una importante contribución para el estudio de la obra de Arendt en lengua castellana.

El capítulo primero, escrito por Carlos Javier González Serrano, llama la atención sobre determinadas conexiones entre el pensamiento arendtiano y la poesía homérica, poniendo de relieve aquellos aspectos de la misma que posteriormente se habrían integrado en la concepción de lo político en la Grecia clásica. Una vez establecido en qué sentido Arendt entiende que la diferencia entre dioses y hombres proporciona una clave fundamental para determinar la especificidad del ser humano como animal político, se aborda la interesante cuestión de la doble dimensión de lo político (y, por consiguiente, del espacio público) en nuestra autora, lo cual vendría, hasta cierto punto, a corresponderse con la doble dimensión que asimismo cobra, bajo su grilla de lectura, la obra del autor de la *Ilíada* y la *Odisea*. Si lo homérico representa para Arendt una puesta de relieve de lo *agón*, así como una voluntad de eternizar lo efímero, paralelamente el espacio público en cuanto tal acogería en su seno, por un lado, una dimensión que bien podemos calificar como agonística (allí donde este elemento se reintegra en la polis bajo la forma de la diferenciación de los hombres entre sí, siendo la pluralidad humana - y, por ello mismo, la pluralidad de perspectivas - consustancial a lo político mismo); y, por otro lado, la oportunidad de *aparecer ante los otros* (lo que permite que la existencia de cada cual no caiga en el olvido) y de participar, como agentes libres e iguales, en los asuntos comunes. Tras indicar brevemente cómo la aludida concepción de lo humano y de lo político se hallan en las antípodas de lo que a juicio de Arendt caracterizó a los regímenes totalitarios del siglo XX, el capítulo se cierra con unas breves referencias a las figuras de Rachel Bespaloff y Simón Weil como interlocutoras de la pensadora alemana.

Tomando esta vez como base principal el texto correspondiente al artículo basado en el discurso que Arendt leyó con ocasión de la entrega del premio Lessing en 1959 (recogido en *Hombres en tiempos de oscuridad*), el capítulo segundo, a cargo de Germán Garrido Miñambres, desarrolla un análisis acerca de en qué medida el acercamiento a la figura de Lessing le sirve a Arendt de pretexto para plantear la temática relativa al conflicto entre la reclusión en lo privado y la apertura a lo público en el contexto de la problemática del exiliado, que nuestra autora encontrará paradigmáticamente prefigurada en la producción del protagonista de la Ilustración alemana (con todo, hay que decir que el exilio experimentado por Lessing, consistente en su situación de desarraigo en una Alemania del Antiguo Régimen marcada por la falta de derechos y libertades, es notablemente diferente al del exiliado y el refugiado en el siglo XX, sufriendo éste una situación extrema de exclusión tal que fue despojado de toda carta de ciudadanía). De cara al anunciado propósito se atiende en primer lugar a las lecturas arendtianas de Lessing en cuanto teórico del arte y de la literatura, así como a la interpretación de *Natán el sabio*, obra de la cual Arendt extrae una enseñanza netamente política: para la fundación de una comunidad pacífica es preciso renunciar a la verdad única y absoluta, la cual ha de dejar su sitio a la discusión pública, la opinión contrastada y el libre intercam-

bio de pareceres. Se resalta así el elemento de mundanidad de la labor crítica y la inversión de la jerarquía tradicional entre *doxa* y *episteme*, que, en lo que tiene de revalorización de la opinión contingente (frente a la verdad definitiva y permanente) y de apuesta por habilitar un terreno para la intersubjetividad y la discusión pública, constituiría, según Germán Garrido, que se extiende en esta cuestión en la segunda sección de su capítulo, un claro antecedente de la «filosofía política» que ya en la década de 1960 Arendt creará encontrar en determinados pasajes de la *Crítica del juicio* kantiana. En cuanto escritor polemista, Lessing se tornaría una figura ejemplar en lo que al ejercicio del juicio se refiere.

En el siguiente capítulo, firmado por la coordinadora del volumen, Nuria Sánchez Madrid, se examina la relación entre la concepción arendtiana de la condición política del hombre y la literatura de Franz Kafka. Así, de la mano fundamentalmente de los trabajos en los que Arendt se ocupó de algunas obras de este autor, se esclarece en qué sentido ella ve en ciertas narraciones del novelista checo una clara fuente de inspiración para denunciar ciertos males vinculados a la existencia de los regímenes totalitarios del siglo XX, en cuanto protagonistas del escándalo político por antonomasia de aquella centuria. Para ello se pondrá de relieve la lectura que Arendt ofrece de determinados escritos de Kafka, encontrando en sus personajes un perfecto reflejo de la situación sufrida por los refugiados, exiliados, apátridas y demás parias convertidos en tales a partir de los años 30 de la Europa del siglo pasado, haciendo especial hincapié, por razones obvias, en lo que tiene que ver con el triste destino que este momento histórico deparó a los miembros del pueblo judío. Por otra parte, en el capítulo no se deja de subrayar el contraste entre sus respectivas estimaciones respecto de la realidad de la ley, o, si se quiere, de los vínculos entre el sujeto y el poder: si para la autora de *Los orígenes del totalitarismo* la condición legal de ciudadanía constituye un requerimiento esencial para apartar a la existencia humana de la desprotección más absoluta y, por tanto, para garantizar una vida humana digna de ser vivida, Kafka arroja una mirada mucho más incrédula por lo que atañe a la presunta realización de las promesas del orden legal. El texto discurre, en suma, a través de los puntos de conexión y ruptura entre ambos autores a propósito de la mencionada problemática.

La presencia de Proust en la obra de Arendt será la temática en torno a la cual girará el trabajo de Víctor Granada Almendra, correspondiente al cuarto capítulo del libro. A través de la lectura arendtiana del novelista francés asistimos a la tesis de que la novela, y la narración en general, nos brinda la posibilidad de un pensamiento crítico atado a la experiencia, a la pluralidad de perspectivas, abriendo las puertas a un tipo de comprensión que la teoría abstracta, por definición, se muestra incapaz de ofrecer. Y, en este sentido, leemos que quizá se pueda hablar de una suerte de potencial privilegio epistemológico del novelista en Arendt.

Mientras que la susodicha línea interpretativa es la que encontramos en “La crisis de la cultura” (en *Entre pasado y futuro...*) y en “Ya no y todavía no” (incluido *Ensayos de comprensión*), será en la parte primera de *Los orígenes del totalitarismo* donde nuestra pensadora se valga asimismo del autor de *En busca del tiempo perdido*, si bien

esta vez para describir una peculiar forma de antisemitismo en la Francia de finales del siglo XIX. Pero Arendt también se apoyó en Proust en el trabajo sobre Rahel Varnhagen, así como -aunque de manera menos expresa- para desarrollar “sus reflexiones sobre la igualdad política y su perversión como homogeneidad social”, y en los pasajes dedicados al tema “de la producción de la excepcionalidad y la individualidad como alternativas al reconocimiento de la igualdad política de las minorías” (p. 100).

Tomás Domingo Moratalla, responsable del capítulo quinto, abunda en la idea, ya expuesta en un trabajo anterior del autor, de «la banalidad del bien» como contracara del concepto de banalidad del mal desarrollado por Arendt a raíz del caso Eichmann. Para ello se vale de las consideraciones de esta última sobre la obra de Bertolt Brecht, bajo el convencimiento de que en ellas es posible hallar una importante clave interpretativa de su propio pensamiento que resultaría de gran interés también para nuestra propia reflexión, en la medida en que se pondrían en juego determinados temas que todavía hoy nos conciernen o que, en todo caso, habrían de hacerlo. Primeramente, asistimos a un breve recorrido por aquellos avatares biográficos de Arendt que tuvieron, de una forma u otra, como protagonista la figura de Brecht. A continuación, tras un breve comentario analítico de los dos principales textos en los que Arendt se ocupa del poeta y dramaturgo alemán, se expone el sentido de la expresión «banalidad del bien», inseparable de la idea de su necesaria fragilidad. Y es que, al igual que existió una ingente cantidad de personas que se comportaron como Eichmann, hubo también muchos que ayudaron a los judíos, sin pretender estar haciendo nada más que lo que cualquiera habría hecho en su lugar. De este modo, así como lo relevante de los análisis de Arendt a propósito de la conducta de Eichmann es haber sido capaz de ir más allá de una representación positiva de la maldad como algo propio de personalidades inusuales, sería preciso también transitar “del «héroe» de la moral a la banalidad del bien” (p. 128). Acto seguido, directamente vinculado a esto último, el capítulo se detiene en la tesis - de origen evangélico y reconsiderada por Arendt sobre todo en cierto momento de *La condición humana* - de la necesaria invisibilidad de la bondad: sólo aquel que no se cree especialmente bueno puede ser tal, de suerte que la bondad efectiva sería incompatible con su pretendida ostentación.

En estrecha relación con el concepto de banalidad del bien aparece la idea de su fragilidad constitutiva, la cual tiene todo que ver con la peligrosa posibilidad de una voluntad de ser buenos a costa de cualquier cosa, tentación a la que Brecht habría sucumbido en su defensa del estalinismo en nombre de la compasión por los pobres y los oprimidos en general. En la parte final del texto el autor se apoya en ciertas tesis del último Ricoeur, subrayando en qué sentido podría establecerse un interesante diálogo entre el filósofo francés y Arendt con respecto a la temática en cuestión.

De la relación de Arendt con la obra de Herman Broch se ocupa el capítulo sexto, bajo la autoría de Juan Carlos Barrasús, quien estudia la cuestión, como no podía ser de otra manera, a través del ensayo - incluido en *Hombres en tiempos de oscuridad* - que Arendt dedica al novelista, ensayista y dramaturgo austriaco. Arendt se habría servido de su lectura de la biografía intelectual de Broch para

mostrar la prevalencia de la acción sobre el resto de dimensiones de la condición humana, lo cual guarda relación con el tema de la primacía de lo ético en este autor, cuya tarea intelectual por excelencia consistió en un intento de conciliación del arte y la ciencia entre sí, articulados a su vez con la ética y subordinados a ello. Esta voluntad teórica llevó consigo, en el contexto de una crisis de valores - originada al calor del proceso de secularización de la cultura occidental - que alcanzó su cenit en la dramática primera mitad del siglo XX, un rechazo radical del esteticismo (la defensa incondicional del *arte por el arte*) en lo que a la producción y enjuiciamiento de la obra artística se refiere, el cual es interpretado como un claro síntoma del referido fenómeno de la secularización asociado a la también aludida crisis axiológica. En cuanto al problema de qué hacer ante la moderna descomposición del mundo y la catástrofe en la Europa del pasado siglo, habría intentado en primera instancia ser solventado sin éxito por Broch en el ámbito del arte, posteriormente en el de la ciencia, y a continuación en el de la *praxis* política. El resto del capítulo gira precisamente en torno la cuestión de la necesidad, a juicio de Broch, de un reencañamiento del mundo de la mano de una tarea poético-intelectual llamada a superar el nihilismo occidental, proporcionando una comprensión antropológica que habría de promover una cosmovisión capaz de dotar nuevamente de sentido a la existencia humana en el universo y a la relación de los seres humanos entre sí.

En el séptimo y último capítulo, Eduardo Cañas Rello parte del retrato de Isak Dinesen (pseudónimo de la escritora danesa Karen Blixen) que Arendt dibuja, una vez más, en la citada colección de artículos publicada bajo el título de *Hombres en tiempos de oscuridad*. Se trata quizá de una de las contribuciones, junto con la de Nuria Sánchez Madrid, a nuestro parecer más interesantes y sobresalientes del libro, y, en todo caso, del único capítulo en el que se practica expresamente cierta problematización interna de determinadas tesis defendidas por Arendt.

El primer aspecto a destacar del trabajo de Eduardo Cañas es la puesta de relieve de la reflexión sobre la identidad individual que Arendt desarrolla al bosquejar la biografía de la autora danesa, sosteniendo que el indefinible ser de cada cual es por completo irreductible a las obras - literarias, artísticas o de cualquier otro tipo - que en un momento dado la persona en cuestión haya podido *producir*. En este marco escribía nuestra pensadora aquello de que "la principal trampa en la vida es la propia identidad", advirtiendo así del peligro del encasillamiento social - tanto el propio como el ajeno, diríamos - en función de las obras publicadas (la propia Dinesen siempre mostró gran reticencia a autoconsiderarse una «escritora profesional»). En segundo lugar, se arroja una mirada crítica sobre de la idea arendtiana, también presente en cierto modo en uno de los relatos de Dinesen en *Memorias de África*, según la cual la comprensión precisa de una *interpretación* que dota de sentido a los hechos articulándolos entre sí, resultando ser del todo irreductible a un mero agregado de los mismos. Pero, ¿no se contradice acaso Arendt al abogar por que la lógica narrativa se haga cargo de los sucesos heterogéneos imponiendo la forma de un *destino* sobre la mera yuxtaposición de éstos, al tiempo que, por otra parte, había criticado a las ideologías políticas precisamente por eso mismo? Y, en cualquier caso, ¿no implica esta

apuesta un sacrificio de la verdad, esto es, de lo efectivamente acontecido, en pro de la voluntad de *sentido*?

La resolución del referido dilema tal y como es planteado en el texto pasará por recordar que, tanto en el caso de la narración biográfica como en el de la narración histórica, el sentido integrador de los episodios aparentemente inconexos o hilo conductor en cierto modo subyacente a los mismos únicamente puede y debe proyectarse *hacia el pasado* (en pro de la reconciliación con él), no así hacia el futuro. Se trata, por decirlo así, de algo susceptible de ser elaborado exclusivamente *a posteriori*, quedando vetada, por lo que tiene de supersticiosa y políticamente peligrosa, la posibilidad de hacer lo propio de cara a todo cuanto tenga lugar también en el porvenir (he aquí, justamente, uno de los rasgos característicos de las ideologías totalitarias tal y como Arendt las entiende, desde las cuales se pretendería que todo cuanto puede acontecer ha de ser interpretado en clave de una única lógica inexorable establecida de antemano).

Hay que decir que la relación de Arendt con la literatura no se agota, por lo demás, en su lectura de las obras de los autores considerados en los distintos capítulos del libro. Además de éstos, en efecto, hay otros literatos - W.H. Auden, Rilke, Balzac, Goethe, Adalbert Stifter, Rudyard Kipling, Joseph Conrad, Melville, Dostoyevsky, Shakespeare o William Faulkner - a cuyos versos y/o prosa Arendt dedicó una atención cuidadosa y que han ejercido una influencia decisiva en el desarrollo de su producción filosófica a modo de interlocutores asiduos, de lo cual la coordinadora del volumen no deja hacerse eco de manera sucinta - pero no por ello menos instructiva - en su prólogo, sugiriendo al tiempo ciertas líneas de investigación adicionales que bien encajarían en el marco del *leit motiv* de la obra que reseñamos. Esa nutrida carta de presentación, junto con el intenso epílogo de Fina Birulés (conocida especialista en la obra de Arendt) con el que culmina el texto, completan un volumen colectivo que, como ya señalábamos al comienzo, con toda seguridad resulta ser una notable aportación para el estudio en castellano de la obra de la pensadora protagonista del mismo, así como también para los interesados en las relaciones entre filosofía y literatura, toda vez que muestra con creces en qué sentido al parecer de Arendt, lejos de ser un mero ornamento, la expresión literaria es un medio y un elemento de referencia imprescindible para el desarrollo de un pensamiento a la altura de la finitud y la pluralidad humanas.

Aaron Vázquez Peñas

*Departamento de Filosofía y Sociedad, Universidad Complutense de Madrid*

DOI:10.5281/zenodo.3865639

G. Federici Vescovini, *Nicolas de Cues. L'homme, atome spirituel* (Paris: Vrin, 2016).

In questo volume, uscito in Francia per i tipi di Vrin nel novembre del 2016 in un clima di rinnovato interesse per le opere del filosofo di Cues, Graziella Federici Vescovini, autorevole interprete nonché traduttrice degli scritti del Cardinale, si propone di fornire al lettore, attraverso un dialogo diretto con i testi, un'attenta panoramica della speculazione cusaniana. Dal punto di vista metodologico,